

EL SANATORIO

“Llama a Vázquez y a Lastra. Que vengan ahora mismo. Tengo trabajo para ellos”.

“Voy ahora mismo, jefe”. El ayudante salió de la habitación, bajando las escaleras que llevaban a la sala central donde estaba el grueso de las mesas, y en ellas agentes del cuerpo de la Policía Nacional trabajando con la mirada fija en las pantallas de sus ordenadores.

“Lastra, le requiere el comisario con la mayor urgencia. También ha llamado a Vázquez, pero no le veo en su sitio”. Un policía joven levantó la vista del ordenador hacia la voz que sonaba a su espalda. Era la del ayudante del comandante, un hombrecillo pequeño al que el uniforme le venía grotescamente grande. “Esta fuera fumando un cigarrillo. Ahora lo voy a buscar”. “Les recomiendo que no tarden, el comisario no tiene un buen día”, apuntó el ayudante.

El comisario no tenía un buen día. En realidad, hacía muchos días que no tenía uno bueno. El caso de los dos niños desaparecidos amenazaba no solo con costarle su puesto, sino con arrebatarle la salud y la razón misma. La presión mediática había sido terrible, y sus superiores no le daban un instante de tregua. Pero la investigación no avanzaba y no había ninguna pista fiable que pudiera ayudarles.

“¿Da su permiso, jefe?”. Los dos jóvenes policías entraron en el despacho del comisario y se quedaron de pie delante de una mesa poblada de expedientes. “Siéntense, por favor”, dijo el comandante, sin levantar la vista del documento que centraba su atención. Ambos policías tomaron asiento cruzando sus miradas.

“No hay ningún avance en el asunto de los críos desaparecidos. He estado revisando todos los informes. Hay uno que me genera muchas dudas, es el referente a la inspección que se hizo del sanatorio abandonado. Las ruinas que hay a unos kilómetros del lugar donde algunos testigos vieron por última vez a los niños”. Hizo una pausa y les miró de forma alterna a uno y a otro. “Quiero que mañana por la mañana vuelvan allí y revisen exhaustivamente ese edificio y sus alrededores. Tienen todo el día, pero no se duerman, estamos en enero y no hay muchas horas de luz. Quiero su informe pasado mañana a primera hora sobre mi mesa.”

Era fácil saber cuando estaba de mal humor. Ahora lo estaba. “¿preguntas?”. “Ninguna, jefe, lo estudiaremos como si fuera la primera vez, y confrontaremos nuestro informe con el anterior, para ver que si hay algo que no cuadra”, dijo Vázquez, el más veterano de los dos policías. El comisario lo miró fijamente. Sus ojos eran de un color azul profundo, casi helador. “De acuerdo, pongan el máximo interés, nos estamos jugando mucho. Pueden irse”. Y volvió la mirada al documento que tenía en la mano.

Ambos policías salieron del despacho. “Casi cien kilómetros de coche hacia el último rincón del mundo. Definitivamente el jefe nos odia”. Bromeó Vázquez. “Te paso a buscar a las seis por tu casa, ¿de acuerdo? No quiero que se nos haga allí de noche. Recuerdo que el lugar es desolador”. “Vale, estaré puntual, pero que conste que el jefe solo te odia a ti”, respondió su compañero con una sonrisa burlona y cómplice.

Habían realizado la inspección de aquel lugar hacia dos semanas, con un grupo de varios policías más y acompañados por perros. Solo habían hallado restos de vandalismo reciente en un edificio abandonado hacía años. El resultado no fue mejor en los alrededores, un bosque denso, oscuro y un par de pozos de una mina muy antigua abandonada mucho tiempo atrás. Habían revisado los pozos pero no habían encontrado nada en ellos, más allá de una moto oxidada y vieja, probablemente robada hace muchos años y desechos de diverso tipo. Pero ninguna prueba que delatará el paso de los niños.

El viaje fue tedioso. Al hecho de que aún no hubiera amanecido se unió una llovizna que les obligaba a conducir despacio, pues la carretera era bastante deficiente. Se adentraba en una sierra y serpenteaba entre bosques frondosos. Atravesaron un par de pequeños pueblos entre luces amarillentas y mortecinas, y cuando ya empezaba a amanecer llegaron a su destino. Decidieron tomar un café en el bar de la gasolinera antes de dirigirse a la zona donde iban a investigar.

“Buenos días”, saludaron los policías al entrar en el bar. Estaba aún vacío de clientes. El camarero estaba de espaldas a la barra del bar. Se volvió lentamente. Sonreía, pero era más una mueca que una sonrisa. “Buenos días, les estaba esperando”. Contestó el camarero.

Los policías se miraron extrañados. No llevaban uniforme, así que nadie podía suponer quienes eran. “¿Cómo dice?” pregunto Lastra. “Nada, cosas mías, estoy un poco pa’lla” contestó el camarero, manteniendo la mueca. “¿Qué tomaran los señores?”.

Tomaron dos cafés solos, sin dejar de mirar al hombre que estaba detrás de la barra del bar. Este les volvió a dar la espalda, mientras manipulaba lo que parecían y sonaban como unos cascabeles, varios de ellos. Nadie entró en el bar en todo aquel rato. El comentario del camarero les había puesto nerviosos. Pagaron y salieron del bar.

“Que mal rollo me ha dado ese tío. Me ha puesto los pelos de punta. ¿Qué llevaba en la mano? ¿Unos cascabeles?” dijo Lastra. Su compañero se rió. Era más veterano y le gustaba dejárselo claro a su compañero a cada oportunidad que tenía. “Los jóvenes sois muy impresionables, eso se va con los años”. Pero Vázquez también estaba nervioso. Aquel tipo no le había dado buen palpito. Intentó que no se le notara.

Condujeron hacia las afueras del pueblo por un camino de tierra y gravilla suelta. Había llovido por la noche y las ruedas salpicaban cuando atravesaban los charcos recientemente formados. Los baches eran numerosos. Al fin, llegaron a un pequeño claro junto al camino, donde pararon el coche. Había dejado de lloviznar, pero a cambio y en su lugar, una niebla húmeda y ligera cubría el suelo del bosque, componiendo un cuadro ciertamente fantasmal. La temperatura era baja pero soportable, quizá más benigna de lo que se podía esperar en un día de enero.

“El edificio debería estar ahí delante. Vamos andando, la niebla lo tapa”. Anduvieron unos pasos y ante ellos se alzó la fachada del edificio. Había sido un sanatorio hasta los años sesenta, habían leído en el informe previo. Tenía el tejado quemado y las paredes superiores ennegrecidas por el efecto de un incendio. Las puertas y las ventanas estaban arrancadas de sus quicios, y había pintadas y graffitis por doquier. Era un edificio de planta baja y dos alturas, en forma de ele alargada. Había un par de edificios auxiliares anexos, también vandalizados y arruinados.

Lastra comentó “¿no me digas que este sitio no te pone los pelos de punta?” Vazquez no contestó. Ambos entraron en el edificio. El suelo estaba lleno de cascotes y de basura. Encendieron sus linternas, pues a la escasa luminosidad del pasillo se unía que el día estaba oscuro, con el cielo encapotado. Y el bosque salvaje que se había apoderado de los alrededores del edificio terminaba con cualquier haz de luz que pudiera escapar en aquella mañana.

Al fondo del pasillo había una puerta grande de hierro, de color rojo, cerrada con un gran candado y una gruesa cadena, ambos oxidados. Empujaron la puerta pero era de una solidez extraordinaria. No se movió ni un milímetro. “Esto lleva años cerrado”. Siguieron andando.

“¿Me lo parece a mí o aquí adentro hace mucho más frío?” Mientras hablaba, Lastra exhalaba un vaho espeso al respirar. Se arrebujó en su abrigo y siguió inspeccionando las salas. Iban haciendo fotografías ayudándose del flash de la cámara. Más allá del caos y el desorden, no vieron ningún detalle que les llamará la atención.

Salieron al pasillo para enfilear las escaleras que daban acceso al primer piso. “Vázquez, espera un momento”. Su compañero se volvió. “¿Qué quieres?”. “Llámame miedoso, pero tengo la sensación de que aquí hay alguien más. Es como si notara de vez en cuando un suspiro”. Lastra tenía la cara desencajada. “No seas imbécil. Es tu respiración, o la mía. No hay nadie tan tonto como para estar aquí con nosotros”. Empezó a subir las escaleras. “Terminemos rápido, a mí tampoco me gusta este sitio”. Se adelantó unos pasos, orientándose por luz que emitía su potente linterna. “Estamos perdiendo el tiempo, Lastra “. Silencio. Se giró. Estaba solo. “Lastra!! No me jodas, ¿dónde estás?” Instintivamente, echó mano a la culata de su pistola. Pero al hacerlo, dejó caer la linterna, y esta al golpear con el suelo dejó de iluminar. Quedó completamente a oscuras y paralizado. “¡¡Lastra!!” gritó. “¡¡Lastra!!”. Comenzó a oír un golpeteo sordo. Era su corazón, bombeando sangre y adrenalina. Poum, poum, poum, poum, ... Aguzó el oído. Al principio pensó que era su imaginación. Sacudió la cabeza y escuchó con atención. Oía un cascabel. Lejano. Pero era un cascabel. Maldita sea, se estaba volviendo loco. Iba a matar a Lastra cuando lo encontrará, se prometió.

De repente, cayó en la cuenta de utilizar la luz que emitiera su teléfono móvil. Lo tanteó en el bolsillo con cuidado de no dejarlo caer y lo encendió. A un palmo de su cara estaba el rostro de Lastra mirándolo fijamente. Vázquez soltó un grito. “Dios Santo, Lastra. ¿Dónde estabas? ¿Pero te das cuenta del susto que me acabas de dar? Casi te disparo. “

“Pero si he estado todo el rato detrás de ti”, contestó el policía más joven cubriéndose la cabeza ante la posibilidad de recibir un disparo de su compañero. Aquello había llegado demasiado lejos, y estaban demasiado exaltados y asustados.

“Es mediodía, vámonos al pueblo a comer y pensamos lo que hacemos después”, ordenó Vázquez. Ambos salieron del edificio rápidamente, tropezando varias veces y cayendo al suelo, hiriéndose levemente con los cascotes y con algún trozo de cristal roto.

Cuando fueron a subir al coche para regresar, Lastra alzó la cabeza y miró hacia los árboles detenidamente, a uno y otro lado. “Vamos tío, ¿que estas mirando?” preguntó Vázquez. Lastra iba a contestar, pero movió la cabeza y se metió en el coche. Su compañero arrancó y enfiló el camino de regreso con rapidez.

Comieron en silencio. Encontraron un pequeño mesón en el pueblo y no buscaron más.

“¿Qué ha pasado allí dentro, Vázquez? Casi me matas”. Lastra hablaba despacio. No entendía que le había ocurrido a su compañero. Era un hombre valiente y bregado. Vázquez le miró con ojos cansados. “Ese lugar produce miedo”. Y bajando la mirada, le preguntó con cierta vergüenza. “Por cierto. ¿Tu has oído los cascabeles?”.

“¿Dónde?”. Lastra le miraba con los ojos muy abiertos. “En ningún sitio”, contestó Vázquez, zanjando la cuestión.

Un anciano que les miraba fijamente, se levantó y se aproximó a ellos. “Buenos días, jóvenes, permítanme que me sienta un rato junto a ustedes. No les importa, ¿verdad? Este pueblo es muy aburrido y ver forasteros siempre es novedad”, les dijo el abuelo. Los policías asintieron, aliviados de que el hombre rompiera el momento de tensión que acababan de atravesar.

“¿Vienen del sanatorio, verdad?” Les inquirió el anciano. “Así es, ¿como lo ha adivinado?” contestó Vázquez con la cabeza ladeada.

“Porque no son de por aquí. Y por sus caras de susto. Esa cara solo se trae del sanatorio” les dijo el repentino invitado con una sonrisa enmarcada en una cara llena de arrugas. “¿conocen la historia del lugar? ¿No? Se la voy a contar de forma breve, y entenderán porque nadie en el pueblo se acerca por allí. “

El anciano miró a un lado y a otro, y comenzó a relatar en voz más bien baja.

“El edificio se construyó en los primeros años de la República, como hospital de salud mental. Manicomio, vaya. Siempre tuvo un aura siniestra. Todos los internos era gente de fuera del pueblo, gente ricachona decían. Se pensaban que con el aire de la sierra se les arreglaría la cabeza”. Los policías le miraron sonriendo. “Cuando estalló la guerra, esta zona quedó en manos del gobierno de la República. Utilizaron el sanatorio como centro de detención de sospechosos de ser afines al alzamiento. Yo era un niño, y recuerdo haber visto pasar por la carretera camiones con prisioneros en dirección al sanatorio. Un pastor me comentó una vez que no se me ocurriera acercarme, que se oían gritos terribles. Imagino que era un centro de torturas. La guerra es así. Lo cierto es que nunca vi volver los camiones con gente, siempre lo hacían vacíos. Y el bosque es demasiado espeso como para poder enterrar a tanta gente como llevaban. Nadie supo del destino de aquella gente. Y nadie se atrevió tampoco a preguntar.” Detuvo el relato y miró hacia atrás. Se levantó y se fue a la mesa donde estaba sentado antes, a rescatar un vaso con vino. Bebió un sorbo y regreso a la mesa de los policías, con el vaso de rehén. Y prosiguió. “Cuando el bando de los nacionales, como se hacían llamar, conquistó esta zona, paso a ser la ocupante del sanatorio. Y la represión cambio de bando. Se ve que les gusto el sitio tanto como a los otros. Hasta el final de la guerra estuvieron trayendo aquí a gente, e imagino que corrió el mismo destino, tortura, desesperación y muerte. Recuerdo sus caras de miedo subidos en los camiones. Aquellos rostros cenicientos. Pero nunca se encontró ningún cuerpo. Como ven, el diablo campó por aquí a sus anchas”.

“¿Y después de la guerra?” Pregunto Lastra, bastante serio por el contenido de la historia. “Se volvió a utilizar como manicomio hasta 1954 o 1955. Ese invierno hubo un incendio enorme. La guardia civil no nos dejó pasar a ayudar. En el periódico regional se dijo que un incendio se cobró la vida de un montón de internos, y el centro definitivamente se cerró. Estuvo vallado el acceso muchos años. No se podía pasar.” El anciano había terminado el relato, lo que se deducía del largo trago que dió apurando el vino del vaso.

“¿Podemos invitarle a otro vaso de vino?” pregunto Vázquez, pero el anciano rehusó amablemente. “ya llevo el cupo de hoy”. Y prosiguió. “Ese sanatorio y ese bosque son lugares malditos. Nadie en el pueblo ni de los alrededores se acerca. No hay caza ni cazadores. Allí está el mal. Así de sencillo. Háganme caso, no vuelvan.” El anciano se levantó y se encamino hacia la puerta de salida.

“Nos podía haber avisado de todo esto el camarero del bar de la gasolinera”, le dijo Lastra al anciano antes de que atravesara la puerta. Pero el anciano se volvió y le contesto moviendo la cabeza. “El bar de la gasolinera lo lleva Lola desde hace 30 años. Allí no hay ningún camarero”. Y saludándoles sonriente con la mano salió a la calle.

Los policías se miraron incrédulos.

“Basta de estupideces”, dijo Vázquez. “Volvemos, terminamos el informe y nos vamos a casa. Antes de que anochezca. Ya has visto que luz no hay mucha”. Ambos se levantaron, pagaron sus comandas, recogieron el justificante de la comida y salieron del mesón. Sin muchas ganas,

pero había que terminar el trabajo. El comisario no entendería que volvieran sin nada. Y entre el demonio y el comisario, la elección era clara.

Ya de vuelta al bosque, y cuando aparcaron y bajaron del coche, Lastra volvió a mirar hacia los árboles. “Vázquez. Espera un momento. ¿No te parece raro?”. “¿El qué?”, contestó su compañero. “Estamos en un bosque...”, siguió Lastra. “Ya lo sé que estamos en un bosque, genio ¿y qué?”.

Lastra avanzó unos pasos y contestó. “Pues que deberíamos oír el canto de los pájaros, o de los grillos, o del bicho que sea. Y aquí solo hay un silencio sepulcral. Me he dado cuenta por la mañana cuando hemos venido y cuando nos hemos ido igual. No es normal”.

Ambos se quedaron mirando unos segundos hacia los árboles, como tratando de encontrar alguna señal de vida que desacreditase el comentario del policía más joven. Un opresivo silencio inundaba todo el bosque, ni siquiera el viento mecía ninguna rama.

“Lo dicho, terminemos con esto rápido”. Dijo Vázquez, y prosiguió. “Escúchame bien, Lastra, que no estoy de broma. Vamos a entrar en ese edificio como si estuviéramos buscando a una banda de traficantes. Cubriéndonos el uno al otro”. Lastra asintió. “Me parece perfecto, tu diriges”.

Volvieron a atravesar la puerta y se adentraron en el edificio. Se habían pertrechado con un frontal cada uno en su cabeza, sendas linternas y otra de repuesto en una mochila. Lastra llevaba la cámara de fotos y Vázquez avanzaba con la pistola en la mano. En otras circunstancias hubiera parecido cómico. Avanzaron por el pasillo hasta llegar a las escaleras, que Vázquez empezó a subir. “Espera, Vázquez,... Dios Mío” susurró su compañero. Se volvió y miró hacia donde la luz del frontal iluminaba la puerta roja que antes encontraron cerrada y trabada con un candado. Tanto el candado como la cadena estaban en el suelo. Ambos sintieron al unísono como todo el vello de su cuerpo se erizaba. Lastra guardó la cámara en su funda y desenfundó su pistola reglamentaria. “Aquí hay alguien, y me está tocando las narices ya demasiado”.

Intentaron mover la puerta empujando con una pierna, pero era demasiado pesada. Ambos empujaron con fuerza y la puerta cedió lentamente hacia adentro. Una vaharada de aire cálido y húmedo, con olor terroso, surgió del interior. Unos metros más adelante, unas escaleras con peldaños estrechos se hundían en dirección a una profundidad oscura e invisible. Iluminaron hacia el fondo de las escaleras, habría unos 25 o 30 escalones, que descendieron con las armas tensas apuntando hacia adelante. Un pasillo alargado se abrió ante ellos, con puertas de hierro a los lados. Celdas. Siguieron avanzando con los sentidos alerta, en silencio, hasta que llegaron a una sala más grande con una especie de camilla de hierro con correajes podridos en los extremos superior e inferior. Allí hacía tiempo que no había pasado nadie. Lastra salió primero de la habitación hacia el pasillo, cuando creyó distinguir una sombra más adelante que huyo hacia el final del pasillo.

“¡¡¡Alto!!!” grito el joven, y salió corriendo detrás de la sombra. “¡¡¡ Alto, policía, voy armado!!! Vázquez le gritó. “¡¡¡espera, Lastra, espérame!!! Salió corriendo detrás del resplandor que proyectaba su compañero contra las paredes del pasillo al perseguir a su presa. El pasillo dio varios giros de noventa grados, la luz de su compañero se veía cada vez más distante. “¡¡¡Espera, Lastra, vamos juntos, nos perderemos!!!!”.

Así hasta que en un giro, no vio luz alguna. Se detuvo, con la pistola apuntando hacia adelante, el seguro quitado y el dedo en el gatillo. Miró adelante y detrás. “¡¡¡Lastraaa!!!”. Silencio. Una sensación de terror le invadió por completo. “¡¡¡Contestaaa, Lastraaa!!! Aguzó

el oído. Un tintineo. No podía ser real. Sacudió la cabeza, mientras permanecía inmóvil, iluminando con su linterna delante y atrás alternativamente. El tintineo se acercaba. Era un ruido de cascabel. De varios cascabeles. “¿Dónde estás, maldito imbécil?”. Percibió que la luz de su frontal estaba perdiendo intensidad. No llevaba la linterna en la mano, la había dejado en la sala de la camilla, cuando salió precipitado detrás de su compañero.

Comenzó a desandar el recorrido del pasillo, pero en una bifurcación dudó. Siguió por puro instinto el camino que apuntaba a un resplandor muy débil. En ese momento, su frontal se apagó definitivamente. Se detuvo, intentando percibir algún sonido. Un cascabel sonó nuevamente, estaba cerca. Noto que de sus ojos empezaban a caer gruesos lagrimones. Estaba aterrado y bloqueado. Avanzó palpando la pared. Notó una corriente de aire fresco, y siguió avanzando hacia ella, guiándose siempre por su contacto con la pared del pasillo. La corriente era ahora mas intensa, y pensando que estaba cerca de la puerta y a pesar de las tinieblas que le rodeaban, empezó a andar más rápido.

No lo pudo ver venir. De pronto, perdió pie, y se encontró cayendo en el vacío, rebotando contra las piedras de las paredes, mientras todo se volvía confuso y negro en su mente. Hasta que todo se acabó.

A la mañana siguiente, un comisario malhumorado le preguntó a su ayudante. “Les dije a Lastra y a Vázquez que quería su informe a primera hora en mi mesa. Y no está. Dígales que suban, vamos a ver como se entienden en esta comisaría mis ordenes”. El ayudante salió del despacho y volvió a los dos minutos sin compañía. “Jefe, ninguno de los dos ha venido hoy a la comisaría”.

“Localícelos inmediatamente”, gruñó el comisario. Minutos después, el ayudante le volvía a confirmar que ninguno de los dos respondía a sus teléfonos móviles, ni a los teléfonos de sus respectivas casas.

“Mande una patrulla a sus casas a buscarlos, y siga intentándolo con los teléfonos”.

Una hora después, y sin noticias de los dos policías, dos dotaciones de policía con el comisario al frente partían hacia el pueblo a gran velocidad.

EPÍLOGO

Durante los siguientes dos días, varios equipos de la policía científica rastrearon los alrededores de la casa y el mismo edificio. Allí estaba el coche aparcado de los policías, nadie lo había tocado.

Tuvieron que utilizar un soplete para romper el candado y la cadena de una sólida puerta de hierro roja que había en la planta baja del edificio, para acceder a su interior. Y hubo que utilizar una fuerza desmedida para poder abatir la puerta. Al no poder restablecer la vieja instalación eléctrica de los sótanos, tuvieron que bajar varios equipos electrógenos para procurarse energía con la que iluminar la compleja red de pasillos que acababan de descubrir. Al final del segundo día, hallaron la boca de un pozo, de unos tres metros de diámetro. Debía pertenecer al conjunto de galerías de la antigua mina que había en las cercanías. Especialistas del cuerpo descendieron por el pozo más de 50 metros, hallando los cadáveres de los dos policías. Se determinó que la caída fue lo que produjo su muerte. También hallaron dos cuerpos en avanzado estado de descomposición de lo que parecían dos niños. Una vez sacados los cuerpos a la superficie, otro equipo de investigadores siguió sacando restos humanos del pozo. Había centenares de ellos. Una enorme fosa común.

A la conmoción de la pérdida de sus dos compañeros, siguió en la comisaría el retorno a una dolorosa normalidad. Llegó el momento de desocupar las mesas de los fallecidos y de vaciar sus cajones.

“Que raro lo que tenía aquí Vázquez, nunca se lo vi antes” dijo el policía que estaba recogiendo la mesa. Tenía su puesto de trabajo cercano al suyo.

“¿Por qué? ¿Qué guardaba?” le preguntó otro.

En la mano del policía había un manajo de cascabeles manchados de sangre.